



## **EXTRACTO DE NOTAS TOMADAS POR EL INGENIERO KURT GERSTEIN, QUE TRABAJABA PARA LOS SS EN EL CAMPO DE EXTERMINIO DE BELZEC\***

(...) En Lublín, el SS Gruppenführer Globocnik nos estaba esperando. Dijo: “éste es uno de los asuntos secretos de más alto grado, y tal vez sea el más secreto. Cualquiera que hable de ello será fusilado inmediatamente. Dos personas que hablaron murieron ayer”. Luego, nos explicó que el 17 de agosto de 1942 existían las siguientes instalaciones:

1. Belzec, sobre la carretera Lublin - Lvov, en el sector de la línea de demarcación soviética. Máximo diario: 15.000 personas. (¡Lo he visto!)
2. Sobibor, no conozco la ubicación exacta. No lo he visitado. 20.000 personas al día.
3. Treblinka, 120 km. al noreste de Varsovia, 25.000 personas al día. (¡Lo vi!)
4. Majdanek, cerca de Lublín, que he visto cuando lo estaban construyendo.

Globocnik dijo: "tendréis que desinfectar una gran cantidad de ropa, como entre 10 y 20 veces la "colección de textiles", que sólo se confeccionó para camuflar el origen de las prendas de vestir judías, polacas, checas y otras. Vuestro segundo trabajo será convertir las cámaras de gas que hasta la fecha han funcionado con gases de escape de un viejo motor Diesel, en un medio más tóxico y rápido, el cianuro.

Pero el Führer y Himmler, que estuvieron aquí el 15 de agosto, es decir antes de ayer, dieron órdenes para que yo personalmente acompañe a todas la personas que visiten las instalaciones. El Profesor Pfannenstiel replicó: "¿Pero qué dice el Führer?". Entonces Globocnik, que es ahora el Alto Jefe de los SS y de la Policía de Trieste, en la Costa Adriática, dijo: "Se debe llevar a cabo la Aktion más rápidamente". El director ministerial, Dr. Herbert Lindner [Linden] del Ministerio del Interior, sugirió: "¿No sería mejor incinerar los cuerpos en lugar de enterrarlos? ¿Tal vez otra generación piense diferente acerca de esto?". Entonces, Globocnik respondió: "Pero, señores, si por casualidad nos sucediera una generación cobarde y débil que no entienda nuestra obra, que es tan necesaria, entonces, señores, todo el Nacional-Socialismo habrá sido en vano. Al contrario, tendríamos que enterrar [con los cuerpos] placas de bronce en las que hayamos inscripto que somos nosotros los que tuvimos el valor de realizar esta gigantesca tarea." Hitler contestó a esto: "bien, mi buen Globocnik, tú lo has dicho y esa es también mi opinión".

Al día siguiente nos trasladamos a Belzec. Allí, al pie de la colina de arenisca amarilla, al Norte de la carretera ubicada entre Lublin y Lvov y de la línea de ferrocarril, hay una pequeña estación aislada con dos andenes. Al sur de la estación, cerca de la carretera principal, se encuentran varios edificios de oficinas con la inscripción: "Oficina del Waffen-SS de Belzec" [Unidad militar de los SS]. Globocnik me presentó al SS Hauptsturmführer Obermeyer de Pirmasens, quien muy en contra de su voluntad me enseñó las instalaciones. Ese día no había muertos que ver, pero en toda la zona, e incluso en la carretera principal, el olor era pestilencial. Cerca de la pequeña estación se encontraba una gran barraca con el cartel "vestuario" y con una ventanilla que indicaba "objetos de valor", y también una sala con 100 "sillas de barbero". Luego, había un pasaje al aire libre, de 150 metros de largo, rodeado de

cada lado por una alambrada, y con un cartel con la inscripción “Hacia los baños y las instalaciones de inhalación”. Frente a nosotros se encontraba una casa, la casa de baños, y a su derecha e izquierda, macetas con geranios y otras flores. Subiendo unos cuantos escalones, se encontraban tres cuartos, por cada uno de los lados derecho e izquierdo. Parecían garajes de 4 o 5 metros y de 1,90 metro de alto. Sobre el techo había una Estrella de David de cobre. El frontón del edificio llevaba la inscripción “Institución Heckenholt”. Esto fue todo lo que vi aquella tarde.

A la mañana siguiente, unos minutos antes de las 07.00 hs., me anunciaron que el primer tren iba a llegar dentro de 10 minutos. Y en realidad, el primer tren de Lvov llegó unos minutos más tarde. Se componía de 45 vagones con 6.700 personas, de las cuales 1.450 ya habían muerto a su llegada. A través de pequeñas aperturas, cerradas con alambres, se podía ver a niños, hombres y mujeres que estaban amarillos de espanto. El tren se detuvo y 200 ucranianos, que hacían ese trabajo, abrieron las puertas y sacaron a la gente de los coches a latigazos. Luego, les fueron dadas instrucciones por un gran altavoz: debían quitarse toda su ropa afuera -y algunos de ellos dentro de las barracas- incluyendo las prótesis de miembros artificiales y las gafas. Debían atar los zapatos por pares con un pequeño trozo de cuerda que les entregaría un niño judío de 4 años. Debían entregar todos los objetos de valor y el dinero en la ventanilla marcada “objetos de valor”, sin que a cambio se les remitiera ningún documento o recibo. Luego, las mujeres y las niñas debían ir al peluquero que de uno o dos golpes de tijeras les cortaría el pelo. Los cabellos desaparecían dentro de grandes sacos de patatas, “que servirán para fabricar algo especial para los submarinos, para cerrarlos herméticamente, etc.(...)” me explicó el SS Unterscharführer.

Luego, empezó la marcha: alambradas a la derecha y a la izquierda y dos docenas de ucranianos con ametralladoras por atrás. Caminaban dirigidos por una muchacha excepcionalmente guapa. Yo estaba de pie con el Capitán de la Policía, Wirth, frente a las cámaras de la muerte. Hombres, mujeres, niños, criaturas, personas con piernas amputadas, todos desnudos, completamente desnudos, pasaron delante de nosotros.

Un fuerte SS se encontraba a un lado y hablaba a esa pobre gente con una voz suave: “No os va a ocurrir nada. Tan sólo debereis respirar profundamente para fortalecer vuestros pulmones; esta inhalación es necesaria por causa de las enfermedades infecciosas, es una buena desinfección”. Cuando alguien pregunta cuál será su destino, él le explica que desde luego, los hombres deberán trabajar en la construcción de calles y casas. Pero que las mujeres no tendrán que trabajar. Si lo desean, podrán ayudar en la casa o en la cocina. Una vez más, una pequeña chispa de esperanza centelleó en algunas de estas pobres personas, bastante para que no opusieran resistencia en la marcha hacia las cámaras de la muerte. Pero la mayoría comprende lo que está ocurriendo; ¡el olor revela el destino que les espera! Luego, suben sobre un pequeño escalón y ven la realidad. Madres desnudas con criaturas en el pecho; numerosos niños de todas las edades, desnudos; todos vacilan, pero entran en las cámaras de la muerte: la mayoría en silencio, empujados por aquéllos que van detrás de ellos, conducidos por los latigazos de los hombres SS. Una mujer judía de unos 40 años, con ojos ardientes, clamó [venganza] que recaiga sobre la cabeza de los asesinos por la sangre de sus hijos. El Capitán de la Policía, Wirth, en persona, le pegó cinco látigazos en la cara, y la mujer desapareció dentro de la cámara de gas.

(...)

---

PS - 1553.

\* Gerstein escribió este testimonio el 26 de mayo de 1945.